

Ultimos detalles de la catástrofe del Giloca



LOS HERIDOS, DESPUES DE RECIBIR LA PRIMERA CURA, SALEN DE LA ESTACION DE BARCOA.—A LA DERECHA DEL CORONEL DE LA GUARDIA CIVIL, ESTÁ EL CAPITÁN CRESCO, DE LA MISMA CORPORACION, QUE RESULTÓ HERIDO DE GRAVEDAD

ALGUNOS CUADROS CÉLEBRES

Sus vicisitudes

Es curioso conocer las peripecias, algunas largas y ruidosas, que han sufrido muchos cuadros de valor y de mucha importancia artística.

Han sido especialmente los españoles los más asendereados. Por ejemplo, la hermosa *Concepción*, de Murillo, que hoy forma parte del Museo de Louvre, de París, sirvió, no hace aún muchos años, de talismán para salvar la vida a dos frailes en circunstancias casi novelescas.

Encontrándose el mariscal Soult persiguiendo al ejército del general inglés Sir John Moore por Andalucía, llegaron sus avanzadas a unos riscos inaccesibles de Sierra Morena, donde unos soldados franceses de la extrema vanguardia destruyeron dos monjes, que indudablemente espían los movimientos de las tropas imperiales.

Iban a ser fusilados inmediatamente, según las órdenes draconianas de Napoleón, cuando el propio general en jefe, que hacia, como todos sus compatriotas en España, de caudillo cruel y de coleccionador avaro, dijo que le encaminaran a su convento, con ánimo de llevarse lo que pudiera.

Así que llegó, llamó su atención el cuadro de Murillo, y lo pidió al prior, el cual lo concedió a cambio de la vida de los dos cogullas patriotas, no sin tasarles la vida en 200.000 francos, cuyo precio fué el estipulado para llevarse la insignie obra de Murillo.

Cuando en 1853 se hizo almoneda pública en París de las colecciones del general Soult, casi todos los Soberanos de Europa acudieron a la subasta; pero lo compró el Gobierno francés en 586.000 francos, suma que le valió a la familia Soult la exploración afortunada de unos cuantos soldados de la vanguardia en Sierra Morena.

También el famoso cuadro de Murillo *San Antonio* tuvo sus peripecias. Es la obra de mayor tamaño de este gran maestro, y pintada con tal verdad, que es popular la leyenda de que los pájaros acudían a picotear las flores que aparecen en la mesa. El duque de Wellington ofreció dar por el cuadro tantas onzas de oro como cupieran en él hasta cubrirle, y, según se asegura, llegaba a la enorme suma de 216.000 duros. El 5 de Noviembre de 1874 se descubrió que la figura del Santo en oración había sido cortada cuidadosamente, dejando el resto sin desperfecto alguno, formando por sí solo el trozo cortado un cuadro precioso, y aunque los culpables de esta horrenda profanación no fueron habidos, nuestro Gobierno, obrando con una laudable actividad, encargó especialmente del asunto a todos nuestros representantes diplomáticos, y al año siguiente, al presentarse un español en Nueva York a un comerciante de cuadros a ofrecerle un Murillo, recayeron en él las sospechas de que pudiera ser el robado; fué dicho comerciante a verlo, y, con rara honradez, dió parte reservadamente a nuestro cónsul, el cual suplicó la detención del tenedor del fragmento, que resultó ser un tal García, el cual fué enviado preso a la Habana. El cuadro, restaurado lo más artísticamente posible, ha vuelto a ocupar su puesto de siempre en la catedral de Sevilla.

La Magdalena, de Correggio, de la que

Cuando esta misteriosa señora hace su aparición, las señoritas de Vetusta visten sus atavíos, se truecan en elegantes damas parisinas, y salen a través de la espesa bruma, gentiles y dudosas como apariciones, a pasear por los álamos, si el tiempo no lo impide—entiéndase: pedriscos, tormentas, lluvias torrenciales.

Después de corta peregrinación y vagabundeo a través de unas cuantas ideas, a unas cuantas leguas de distancia, durante unos cuantos meses, vuelve uno al huertecillo rodeado de álamos a la hora equívoca del anochecer, aguijada el alma por el vago temor de que alguna de las flores tan queridas haya sido cortada o transplantada a otro huerto. Los ojos, que se van avezando a la niebla, vuélvense de un lado y otro, llenos de amorosa ansia, y reconocen las flores amigas, o las amigas flores, y ven, agradecidos y regocijados, como las pequeñas manos enguantadas vienen a posarse temblorosas, como palomas domésticas, entre las del que vuelve. Entre todas estas flores hay una, a lo más dos, que son las preferidas. El vagabundo del alma, más que del cuerpo, piensa en que quizás lo mejor sea encerrarse en un huertecillo, y transplantar la flor elegida y cultivarla con amor. Sabe todo eso, y también que el hombre no manda en su destino, por lo cual, un poco amargamente, mira al porvenir, y ve su flor amada, en el huerto de un advenedizo, oronda y llena de vástagos.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

dación desciende, y todo el entusiasmo se hiela, no sabemos si en manos del general Linares.

Burguete, que, además de una gran competencia, tiene un extraordinario vigor físico para resistir la durísima campaña de la Mandeluria, es desairado en su pretensión, y de nuevo marcha a su retiro de Palma a estudiar, a escribir sus libros, a templar su espíritu, disponiéndose a las grandes y acaso definitivas luchas que un oráculo invisible le augura para el porvenir de España.

No desmaya un momento, con lo cual acredita mayores alientos que jugando su vida en Managuaco y en el Zapote.

¿Por qué desatender a un hombre que así se conduce y de tan positiva valía?

¿Recelan, acaso, los que pudieran y debieran ayudarle que luciendo Burguete sus condiciones, relevantes, fuera mayor el contraste de la inepticia?

Es bien triste que la viga carcomida, el hierro a punto de quebrarse, la teja rota, se utilicen para edificar, desdeñando la teja sana, el hierro bien fundido y la potente viga.

Tal se realiza porque Burguete es de buena madera; es de la madera que se hacían los generales que supieron vencer en África y dar cima a nuestras sangrientas guerras civiles.

Después de lo referido, a nadie podrá extrañar que, presenciando Burguete en Recoletos el desfile de las fuerzas que rindieron tributo a los héroes del Caney, se expresara ante varios amigos en esta forma:

(Pasaban los féretros de los muertos.)

—Así se muere—exclamó Burguete.

(A continuación desfilaron muchos entorchados.)

—Así se vive—dijo Burguete.

UN EXPERIODISTA

FLORES DE HUERTO

(CONCLUSIÓN)

Vetusta en eso de ser un huerto, se parece a las demás capitales de provincia, pero diferenciase en otras muchas cosas. Primeramente, no es huerto cerrado a canto y lodo, ensombrecido, pequenuelo y de tapias altísimas. Además, la tierra en que está enclavado es de lo más fecunda, jugosa, lozana y agradecida que vieron ojos. De esta suerte, sus flores son más lindas y fragantes que las de otros terruños secos y abrasados por el sol. Otros: esos complicados sistemas agronómicos y de jardinería, inventados por talentados señores extranjeros, de tanto pesquiá como un geomántico, han penetrado en este huertecillo y dado saludables y maravillosas floraciones, que es deficiencia el verlas.

Todo lo cual quiere decir, dejando a un lado alegorías, que en Vetusta se vive en constante

tráfico y relación con el mundo civilizado, y que las señoritas, sus habitantes—que son por ahora las que principalmente me ocupan y preocupan—, se saben al dedillo las últimas creaciones del arte de World y de Leatherie, que disfrutan merced a los frecuentes viajes que a París verifican, cuando no ellas, sus modistas y modistas. Y así, no temáis que ninguna de estas atractivas y un poco nebulosas muchachas noruegas—dentro de ciertas categorías, naturalmente—ignore todo lo que puede dar de sí el amplio chambergo de flotante velillo ó la adherente é indiscreta falda—*c'est ce qu'on appelle la robe cantariide*—ceñida a la grácil macidez de las caderas, ó la sugestiva transparencia de un encaje sobre la somrosada planicie del pecho, ó de un calado en la sedefia malla de las medias.

Con lo cual se da una suma de encantos y perfecciones de tan distinta índole, complejidad tan sutil é íntima, que difícilmente llegará a igualar la mujer del Mediodía, con el fuego de sus ojos africanos, la rojez de su boca ígnea y el desenfado de su ademán algo plebeyo.

Por una parte, la influencia del clima y de la tierra; la soñolienta melancolía cenizosa del uno y la blandura en los verdoros ó amarilletes tibias de la otra, es decir, la mollicie incierta y brumosa del paisaje, junto con el régimen monótono de la vida provinciana, se manifiestan en la mujer del Norte, haciéndola gravemente sonreidora y seriamente jovial—según queda dicho en el artículo anterior—, recatada y escondida, como flor de huerto ó de claustro. Pero luego viene la influencia exótica, esa brisa de cosmopolitismo llegada de fuera, y es como si la ingénita hermosura y lozanía hallase marco ó complement adecuado.

*

En Vetusta las señoritas no salen por las carreteras ni por el andén de la estación, porque la ciudad tiene un hermoso parque, con numerosos paseos, para solaz de sus vecinos. Llámase aquel el Campo de San Francisco, y entre éstos son los más importantes el Paseo del *Bombé*—averigüe el lector lo que quiere decir—y una alameda que lleva el nombre de los árboles que la forman. Son los tales álamos seculares y gallardos, con bancos verdes al pie, de trecho en trecho, y está el paseo dividido en dos bandas, algo angostas, por una hilera de magnolias y arcos voltaicos. Empléase éste para los días de labor, así como el *Bombé* para los festivos. Durante el día, este frondoso paseo permanece abandonado y trístico; tan sólo algún niño escarba en la arena, amarilla y húmeda, ó algún canónigo lo atraviesa tardamente, ó algún vago dormita tendido en los bancos curvos.

Las buenas muchachas de Vetusta pasan el día guardadas en su retiro, sobre el bastidor, el muñeco de palillos ó ante el piano. Hasta que pasa cierta hora solemne: la del anochecer.

En aquel punto, cuando quiebra la luz y el sol se huye, el alma de la región, que es temerosa de claridades, flota sobre la tierra. Es opaca, densa é impalpable como polvo de plata, envuelve a las gentes a modo de gasa, se infiltra en las ropas, en la carne, hasta la médula de los huesos, rodea y anonada la luz amarillenta de los faroles, y en torno a los arcos voltaicos forma aureolas de luz violeta. Esta dama gris es la neblina, y de ella se hablará en otra ocasión.



GRUPO DE PADRES ESCOLARIOS, QUE SALIERON LESOS DEL SINIESTRO

(Fots. de A. Sulcalor.)

MITIN DE MODISTAS



CELEBRÓSE ANTEAYER EN EL DOMICILIO DE ESTA SOCIEDAD. PRESIDÓ LA «COMPAÑERA» CONCEPCIÓN AGUADO; OTILIA SOLER HIZO DE SECRETARIA, Y SE TRATÓ EN LA REUNIÓN DE LAS GESTIONES REALIZADAS EN PRO DE LOS INTERESES DE LA CLASE.—ACTUALMENTE LA ASOCIACIÓN CUENTA CON 275 MODISTAS

tantas copias se han repartido por el mundo, no se libró tampoco de la rapacidad que persigue a las obras maestras.

En 1747 este cuadro desapareció, con dos más, de la galería artística de Dresde, y durante mucho tiempo no pudo descubrirse su paradero.

El juicio de París, por Van der Werff, uno de los cuadros robados, fué descubierta en un cajón cerca de Zwinger—y poco después el de Correggio—bajo el suelo de una guardilla, sin marco y en malísimas condiciones. El marco no se encontró, sin duda debido a las alhajas que lo adornaban.

Poco más ó menos, el mismo escondite fué elegido para el famoso cuadro de Rafael *La Sagrada Familia*, que fué hallado por un campesino en Italia el año 1876 y utilizado por éste para tapar el hueco de una ventana rota, hasta que pasó por allí un sujeto, quien, atraído por la rareza del caso, se acercó a dicha ventana, y al examinar el cuadro minuciosamente, vió que era el desaparecido de Rafael desde hacía ya muchos años de la colección de la familia Rovere, para la que fué pintado, y cuyo blasón campeaba al dorso de la misma.

Y no sólo era el mayor peligro que corrían los cuadros el del robo, sino que muchos han sido víctimas de incendio, muchos de incuria, y no pocos los ha destruido la mala intención, no queriendo que otros países fuesen poseedores de lo que á ellos les faltaba.

Una de las catástrofes que destruyeron cuadros y tapicería de un precio incalculable, fué el incendio del Parlamento de Londres en 1834. Allí ardió una magnífica colección de tapicerías, que representaban la serie de las diferentes posiciones que tomó la flota inglesa contra nuestra célebre Armada Invencible al darse á la vela en el Canal de la Mancha, en 1588.

Estas tapicerías fueron encargadas por lord Howard de Effingham, almirante inglés, al celebre artista holandés Cornelio Vroom, y fueron vendidas al Rey de Inglaterra Jacobo I. Después sirvieron para decorar la Cámara de los Loree, divididas en diversos trozos.

Las vicisitudes de muchos de los bocetos de Rafael son numerosas. Diversos originales sirvieron como modelos á los tejedores flamencos para fabricar las series representando pasajes del Nuevo Testamento, destinados al Papa León X. Una vez llenado este objeto, tirábanlas como inútiles. Y á muchas de ellas los tejedores cortábanlas en tiras, que empleaban para sus trabajos, cuando Rubens, por casualidad, advirtió la operación.

Poco tiempo después fué á Londres, é informando minuciosamente de todo lo que había visto al desgraciado Rey Carlos II, éste ordenó su inmediata adquisición para la Real colección de Londres. Por desgracia, sólo pudo salvarse una cierta parte, y de ellas, siete se encontraron únicamente en buen estado; las demás se hallaban rotas y amontonadas en un rincón de los talleres.

A la muerte del pobre Rey Carlos de Inglaterra, á no ser por la intervención de Cromwell, estos admirables bocetos hubieran salido de dicha nación; pero en el momento de la venta pública de las colecciones Reales, ordenó su compra.

Ahora se pueden admirar en el Museo de South Kensington, de Londres.

Los tapetes tejidos en plata y oro, copias de dichos bocetos, costaron al Papa León X 60.000 duros y fueron colocados en los salones del Vaticano, de donde las tropas invasoras de Napoleón I los robaron en 1798.

Algunos años después, descubierta su posesión en manos de un judío, en París, quien ya había quemado algunas de ellas para extraer el oro y la plata que los tejidos contenían, fueron de nuevo compradas por el Papa, y pueden ser de nuevo admiradas en el Museo Vaticano.

Muchos más cuadros podían figurar en esta interminable serie de robos audaces y peripecias sin cuento con que el mercantilismo ha explotado las innumerables riquezas de los más excelsos pintores.

XX

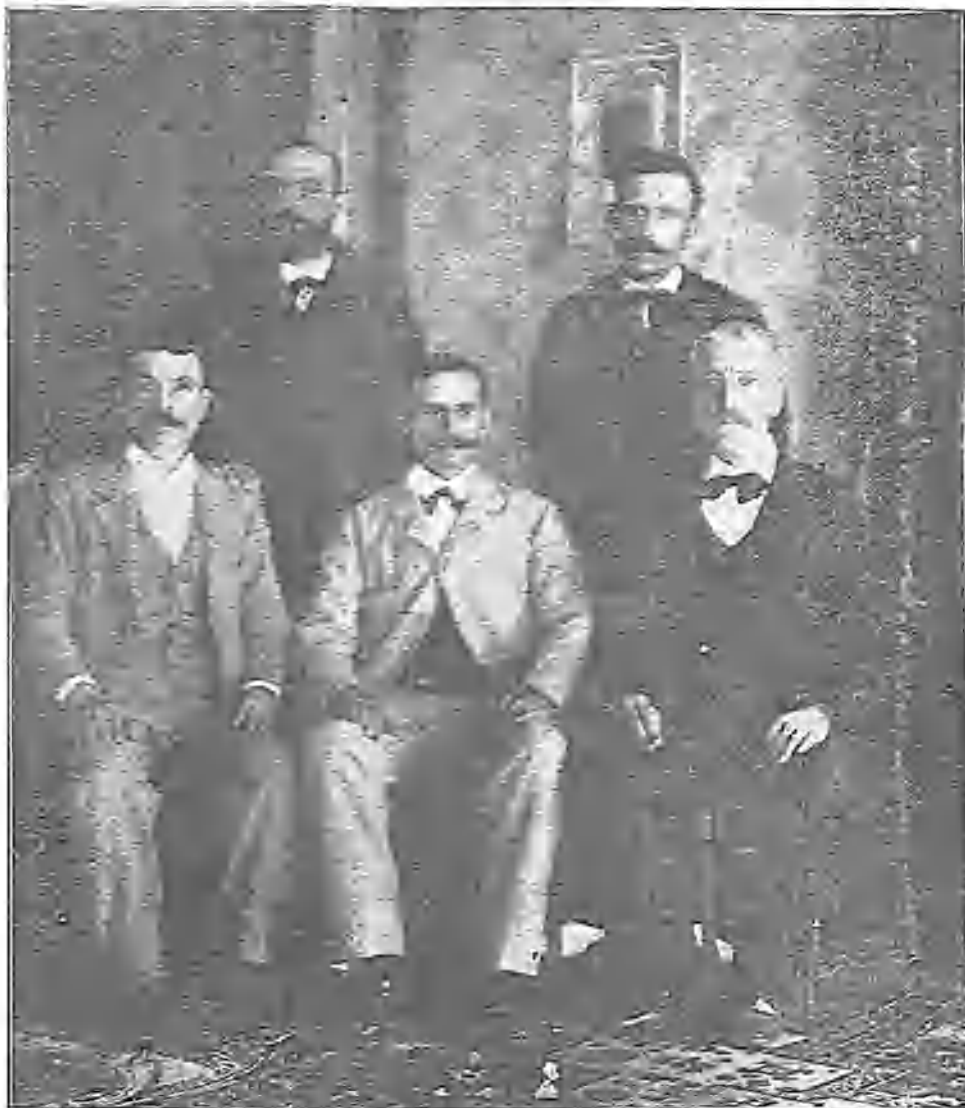
seen el convencimiento de su verdad no ven en el que delinque y en el que falta más que una voluntad particular, sin alcanzar que su trasgresión ó incumplimiento, puede, por sí solo, perturbar toda una obra de higienización. El público se ríe de ella; el agente incrédulo, encargado de hacerlas cumplir, las descuida, y lo que se piensa y dicta en el Ministerio no se cumple ni acata en la calle. Esto es todo.

*

Establecida la vacunación obligatoria y á domicilio, no pudiéndose llegar á más en facilitar al vecindario el cumplimiento de la disposición, ésta opuso tan seria resistencia á la vacuna, que los dignos médicos municipales vieron precisados á acudir á la autoridad, no para cumplir su misión, sino para garantizar sus personas. El hecho es elocuente; la incultura del pueblo, manifiesta; no habiendo sido suficientes las decenas de años pasados, desde el descubrimiento de la vacuna, para que se llegue á persuadir de sus efectos. ¡Efectos! En época de epidemia, en los primeros meses de la vida, en el invierno, y no sabemos si hasta en las *entradas de luna*, guárdese el médico de proponerla en más de una casa; porque invocando revolución de humores, trastornos de sangre y algunas cosas más, le mostrarán su convencimiento de que la vacuna, en tales circunstancias, lejos de evitar, llamará indefectiblemente á la viruela. ¡Ajeno estaba Jenner de que en Lavapiés y las Vistillas habían de llegar á hacerse tan profundos estudios de su descubrimiento!

Se implanta una medida higiénica cualquiera, no escupir, por ejemplo, en un punto determinado, lo cual, además de profiláctico, resulta de una mediana educación, y es cumplida... saliendo á la plataforma de un tranvía ó al rincón de la oficina á depositar allí el sector de tantos gérmenes y haciendo, por tanto, completamente inútil la disposición superior.

COMISIONES DE PROVINCIAS



LA DE CARTAGENA, QUE VIÓ A MADRID A GESTIONAR ALGUNOS ASUNTOS IMPORTANTES PARA LOS INTERESES DE AQUELLA CIUDAD



ENAS CUANTAS «COMPAÑERAS» ASOCIADAS

La educación higiénica del pueblo

Prosigamos nuestras ligeras consideraciones sobre el trascendental problema de la sanidad pública. La obra higiénica es un complejo resultante de la suma de elementos dirigidos al fin común de garantizar la salud, pero sus elementos están de tal modo supeditados, que, descuidado uno, se falsea necesariamente el conjunto que habrá de resultar de las acciones individuales dirigidas hacia el beneficio colectivo. Quiere decirse, pues, que no todo se hace con leyes ni se vence con decretos, y empeñarse en resolver el problema sanitario con una nutrida colección legislativa, sería caminar á ciegas y sin guía en los terrenos de la Higiene. Parecerían tales cosas cual si se tratase de combatir la langosta de los campos con profundos sermones de convencimiento en la iglesia parroquial ó con sendos artículos de periódico para hacer ver al bicho en cuestión lo perjudicial de su obra devastadora, en tanto que ni al labrador se ilustra en lo concerniente á su exterminio, ni se dotase su mano del agente que pudiera poner coto á la plaga.

Tal sucede en Higiene: la ley resulta obra perfecta; la disposición, acertada medida; pero no llegan al pueblo, que las recibe como imposición autoritaria y no como necesidad social, no llegando á ver en ella el beneficio práctico, sino la molestia individual propicia á descubrir en todo el carácter español; y es que no tiene la educación higiénica suficiente para llegar á comprender el cómo y el por qué de una campaña superior á su cultura presente, y saliendo á la vez de entre ellos los cumplidores de la misma, agentes y autores del mandato higiénico, como no po-

No hay cultura, no hay educación higiénica, y es necesario emprenderla, pues lo que hasta que al convencimiento íntimo del pueblo no llegue la verdad de la Higiene, el mismo pueblo será el primer enemigo con que ésta tiene que luchar. Malo es el microbio, muy malo; pero si no tuviese encubridores, no desarrollaría con toda la intensidad sus nocivos efectos.

Desde las Escuelas debe empezarse la educación higiénica, imbuyendo en los niños las nociones necesarias para dotarlos del germen de estudios posteriores; dese también tal enseñanza en las Escuelas Industriales y de Oficios, en los Institutos y Universidades, procurando formar una generación educada higiénicamente y que vea en ella, no los estudios propios del médico, sino la cultura general necesaria á todas las clases sociales.

Divulgación por cuantos medios respondan al carácter oficial y á la iniciativa particular, y, al igual que en el extranjero, funcionen Ligas y Sociedades cuyo fin no es otro que esta enseñanza en conferencias populares, cursos gratuitos, periódicos y revistas; en suma, no perdiendo ni ocasión ni lugar para hacer llegar al vulgo una idea, un consejo que de su número y persistencia se irá moldeando la *materia prima* de la empresa sanitaria nacional.

Vendrán después las leyes á completarlas cuando el molde es apto para vaciarlas, pues de lo contrario ocurrirían aquellos sucesos de un médico rural que, empeñado en una cura de un ojo esmerada y difícil, y viendo que el paciente se le destruía su órgano á paso agigantado, exclamaba convencido:

—La cura va buena, pero el ojo se pierde!

Dr. José I. ELEIZEGUI

LA SENSUALIDAD ESPAÑOLA

Difaman á nuestro pueblo los que la echan en cara su pobreza. El allegar y esconder caudales suele granjearnos crédito de ricos; pero más lejos anda de la penuria quien vive dispuesto á desprenderse de lo que tiene, que quien, por atender á ciertos estímulos de la previsión, acumula el dinero en Bancos, negocios y empresas de usura.

No es pobre, no, el español. Aun con aires de mendicante, si le procuran el espectáculo de un naípe despeinado ó de una corrida de toros, nuestro compatriota no andará remiso en gastar lo que tenga. Fijos, si no, en lo que sucede en los hogares: la madre se duele de que los hijos vienen con más urgencia que las pesetas. El padre arguye con displicente acento que es inútil afanarse por ganarlas; porque el burges se resiste á abrir la bolsa.

Llega un día de toros, y el dinero surge. ¿Cómo? ¿De dónde? Dios y la usura lo saben. En ciertos festejos que improvién la intimidad, todos los asistentes, amigos y camaradas, esquivan el hacer visible su dero. Como si barruntaran un peligro, se guardan de llevarse la mano al bolsillo, y solamente los más rumbosos se deciden á despedirse de una peseta, aislada primero con cautela y extraída después con solapado disimulo. De pronto alguien vuelca un naípe sobre la mesa, y el dinero aparece.

Al principio, se asoman francas y re-

en el que todos los deseos son saciados y todas las quimeras encuentran una equivalencia material que las disipa.

*

Nada tan baldío como las torrenciales jarambas de nuestros políticos y periodistas, quejándose de la miseria y de la incultura que socavan á España.

Somos un gran pueblo, un admirable y magnífico pueblo. En todas partes el sentido del progreso impone recogimiento, trabajo y tenacidad. Se piensa en vivir y se piensa también en ensanchar los dominios espirituales del pabellón nacional, contrayendo méritos que sorprendan y subyuguen á los otros pueblos.

Simultáneamente van en auge la prosperidad material, el crédito artístico y el prestigio militar de la nación, como ocurre en Inglaterra, Alemania é Italia, y estadistas, financieros, literatos, pintores y militares meditan el incorporar una nueva página de decoro, de orgullo ó de gloria á los anales de la patria. Aquí, en este gran pueblo español, nadie se mueve como no sea hostigado por las elementales sugestiones de la sensualidad. Aunque otra cosa den á entender las aparatosas exterioridades del culto, nuestro pueblo es honda é irremediablemente descreído. Hay en la fe sincera un aliento para todo trabajo y un germen de seriedad que es fácil de comprobar en las naciones de origen protestante. El espíritu religioso se despegó del culto externo, se asocia á la conducta, se

ironías aparte, yo creo que somos un gran pueblo. Ayer conté en la Castellana más de setenta coches de paseo...

MANUEL BUENO

"MI REBELDÍA"

ÚLTIMA OBRA DE BURGUETE

(PÁRRAFOS DE UN CAPÍTULO)

Cuando la voz de la juventud podía hablar; cuando podían oírse los dictados de la conciencia y cada cual publicar á su antojo las observaciones adquiridas, una nueva mentira, un pretexto de genérica disculpa, hizo enmudecer á casi todos ó ahogó las débiles voces de los que protestamos. Tocó el turno á los técnicos, y los técnicos hablaron, dentro de su facultad y con un lenguaje que satisfacía la vanidad de la nación: no era una guerra técnica aquella, y además faltaba en el Ejército una cierta capacidad intelectual, que había hecho infructuosos los derroches del valor.

Cuanto se dijere en contra eran monsergas de ilusos, juicios ternerarios y fantasías de aventurero. En conferencias, en folletos y en libros, hombres de relativa capacidad en la profesión y políticos asilados temporalmente á Guerra, mostraron á la opinión las únicas conclusio-

los ciegos, que no menos deben, aunque tarde, si no al arrepentimiento, fingido, á la compostura que hoy nos exige la atención de Europa al discutir sus temas de actualidad.

*

Son profundas las enseñanzas de nuestras pasadas guerras. De todas ellas debimos aprovecharnos; y, por el contrario, ni una sola observación hemos enumerado.

El arte de la guerra sufre en la Historia, no sólo las modificaciones que aducen las armas, sino las de los hombres. No hablamos de las del terreno, porqué son consecuencia de las de las armas. A medida que se perfeccionan éstas, los campos de combate son más accidentados. Las modificaciones de los hombres son aquellas que sirven de esencia á la constitución moral y política de los pueblos.

Las armas no bastan sólo para modificar los métodos de combate. Antes que las armas, ejercen un influjo más poderoso las almas. Los métodos de combate de una época los sanciona el triunfo. Se hacen doctrina; sirven de catecismo, y apegados á lo ritual, á lo meramente externo, nadie quiere modificarlos, y se olvida que la Humanidad marcha y que el estado de alma que dió aquellos procedimientos no es el mismo al cabo de treinta, de cincuenta y de cien años. La frase de Napoleón, «la táctica ha de cambiar cada diez años», es muy justa, y aquel vigoroso genio vió que había de vivir poco más de dos lustros en lo por venir la esencia de las constituciones políticas de los pueblos.

Nuestra guerra de Cuba servía maravillosamente para conocer los efectos de los hombres y de las armas. De cuanto pienso de los hombres he dicho bastante en el curso de la obra, y sólo me resta añadir, para atajar la sagacidad en los suspicaces, que creo la aspiración de anarquistas y socialistas uno de tantos delirios de esta pobre Humanidad enferma; pero delirio al cabo digno de atención, y que expresa muy claramente en el enfermo el estado de agudeza del mal. Mantener con este estado de cosas los ejércitos de muchadumbres, con el servicio militar obligatorio, es tan insensato como, si fundados en la sinrazón de los delirios de un enfermo, tratáramos de corregirle y de sanarle levantándole de la cama á palos.

Me rebelo contra la constitución de estos ejércitos faltos de entusiasmo. Y esta falta de entusiasmo la lei en el curso de dos campañas: Cuba y Filipinas. Si creyera inmotivada esta falta de entusiasmo, la combatiría en la paz con la pluma, como la combatí en la guerra á palos. Allí cumplí un deber; aquí cumplí otro. Esta falta de entusiasmo es ambiente, y nadie trata de corregirla, porque es más bien una necesidad de nuestra constitución moral y política.

*

El espíritu democrático, que creó los grandes ejércitos y con ellos los métodos de combate actuales, obedecía á un estado de conciencia política, firme en su época y hoy cada vez más débil. Se le dió al ciudadano un voto, y con él la conquista del derecho político, con otro la del jurídico; se le puso en las manos un fusil y con él la salvación de la patria, que va á salvarse con el esfuerzo de todos y sin otro interés que aquel que cada uno tenga en defenderla. Todo dependa de este ciudadano: el plan de movilización, el plan estratégico, y el desarrollo, por fin, de cada plan táctico en el combate.

Como piezas de un mosaico, y á impulsos de su exaltación patriótica, con un simple número y una orden, todos van á encajar en un conjunto; del interés individual depende exclusivamente el éxito de la movilización. Si no responden todos á esta exaltación, todas las leyes y todos los preparativos quedan burliados.

El plan estratégico tiene su fundamento en esta misma acción individual. La guerra del 70 y del 71 sólo hizo efectiva una conquista esencial en estrategia sobre los métodos de Napoleón, y esta conquista rige hoy como ley; agrupar las unidades, no antes del combate, sino en el curso de él. Un ahorro de tiempo, una simplificación lógica con el progreso fué esta conquista. Pero veamos el modo de llevarla á la práctica.

Supone el sacrificio absoluto de aquellas primeras fuerzas que entran en fuego para lograr el concurso de las otras. Y en todos supone la más absoluta abnegación de sí para ir á concurrir donde el compañero llame con su cañón. Se dice esto pronto. ¡Cuidado que tiene magnitud! ¡Se quiere resucitar uno de los fundamentos de la religión del Gólgota! El sacrificio abnegado por el hermano. Y en medio de las más absurdas prácticas y de teorías del egoísmo, viviendo de dogmas positivistas, se quiere hablar á estas pobres muchadumbres de soldados con el lenguaje con que hablaba Germánico á sus veteranos. Sobre este absurdo se quiere edificar un sistema. Basta, á juicio de los irreflexivos, el imperio de la ley.

RECUERDO DE LA DESPEDIDA DEL "BOMBA"



LOS TRES HERMANOS Y FUENFE, ARRÓDILLADOS ANTE EL TORO, DESPUÉS DE TERMINAR LA SUERTE DEL "ALIMÓN"

sneltas las monedas de cobre; en seguida intervienen, con avergonzada timidez, las pesetas, y, por último, caen sobre la mesa, con cínica osadía, solicitadas por los caudales azules del juego, los duros mondos y sonoros, los billetes de á cinco y los de diez y veinte, los cuales van de mano en mano sin sorpresa de nadie. ¿Se puede llamar pobre á un pueblo en el que retentan y florecen estas variedades de la predigalidad? El meridional no es tacaño ni sordido, como con injusta malicia dan á entenderlo ciertas novelas picarescas. Ciento que es imprevisor, providencialista y perezoso; cierto que Madrid tiene las apariencias de un pueblo de panarras; cierto que aquí no subsiste una sola industria creada y fomentada por los hijos del país; cierto que no se podría encasillar decorosamente á los naturales de la capital de España, por categorías de trabajo, sin exponerles á declarar que no tienen oficio, ni han aprendido nada útil y reproductivo; pero no es menos verdad que quien nos visite en días de toros quedará deslumbrado de nuestra riqueza, del garbo con que gastamos y lucimos el dinero, y del empedernido desprecio que nos inspira todo el que trabaja cuando Fuentes, el Bomba y el Algabeño se disponen á derribar ocho toros.

Si un extranjero aportase por acá en esos días, no podría menos de exclamar: —He aquí un modelo de pueblos: he aquí vinculados con la realidad los sueños de Thomas Moorus, de Campanella y de Fourier; he aquí un pueblo sin inquietudes y sin angustias, que trabaja ordenadamente y distribuye con apacible equidad los rendimientos de sus afanas; un pueblo ejemplar, limpio de pasiones homicidas,

mezcla á nuestros actos é informa nuestra vida entera. El pueblo español es demasiado sensual para comprender estas cosas. Incapaz de recogimiento ni de ver el íntimo nudo que ata nuestros afanes de la tierra á nuestras preocupaciones ultramundanas, supone candorosamente que el fanatismo bárbaro y supersticioso de nuestras multitudes es el camino más seguro para conmovér á la Providencia.

Ciertos pueblos de origen protestante, como los Estados Unidos, han conseguido eliminar de la vida moral colectiva todos esos vistosos alardes de religiosidad que la pompa clerical se ufana de mantener en España. En nuestros recreos y en nuestras efusiones religiosas se advierte que somos un pueblo sensual, desarmado para competir con países filosóficos, como Alemania, y con razas impulsivas y usacas, como Inglaterra. Dentro de lo que somos, nadie tiene derecho á negarnos una fisonomía muy singular. El Decálogo de todo español es el siguiente: Te crearás el ejemplar de hombre más perfecto del mundo; dudarás del valor de todo el que no haya nacido en tu territorio; considerarás tuyas á todas las mujeres del planeta; la pereza será tu almohada de todos los días; te propondrás que la imprevisión y la usura te acompañen como la sombra al cuerpo; no aplaudirás un arte que no contenga fuertes dosis de pornografía y barbarie; reputarás la corrida de toros como una fiesta imponderable y sin rival; te dejarás alucinar por los oradores y te perderás por ellos; el naípe, el aguardiente y la navaja serán tus recreos y tus placeres más codiciados; la lotería y el fraile serán tu única esperanza en la tierra y tu solo asidero para escuchar el Cielo...

nes que podían deducirse de la campaña. Y cuando Europa militar aguardaba nuestras conclusiones para orientar sus juicios respecto al empleo de las armas, oyó con asombro que nuestro aprendizaje único había sido protestar de que la guerra no hubiera tenido semejanza con la campaña del 70.

No se quiso oír más. En nuestra ofuscación, por la disculpa, caíamos en un descreído mayor que el del desastre. Estalla la guerra anglo-boer. Toda Europa se presta á oír de nuevo. Habla el Ejército inglés; hablan los boers, y dos tendencias surgen en España militar, y se apresta á combatir en los bandos, y tiende á modificar el espíritu de todos los reglamentos.

¿Qué ocasión más hermosa para marchar á la cabeza dictando las nuevas reglas para el combate, aprendidas á costa de sangre! Es el mejor de los aprendizajes. Acudid á la Historia: el vencedor, por lo regular, olvida al vencido, aprende. Nuestra juventud aprendió en las campañas, y hubiera podido hablar tan recio como la juventud inglesa. Las grullas de aquí le obligaron á enmudecer.

En Inglaterra, por el contrario, lord Roberts, terminada la guerra, ve la necesidad de cambiar el reglamento, y oye y escucha en libre debate las observaciones de sus oficiales estudiosos. Si se hubiera dejado á tiempo hablar á todos, de sus observaciones tendríamos crédito y criterio, y no daríamos el triste espectáculo de interrogar cuando debiéramos ser interrogados.

En nuestras guerras—hay que proclamarlo muy alto—hemos aprendido, ó debido aprender, tanto ó más que en la del Transvaal. Callen los sordos y no estorben

Decretar esto ante la sequedad de las almas y el enrarecimiento del ambiente, es decretar la afinidad de los cuerpos para originar una Química nueva de uso gubernamental.

Lo que en una época dió resultados, en otra no los puede dar. Suprimid las condiciones ambientales indispensables, y son absurdas cuantas combinaciones intente la Química. No somos ni seremos nunca dueños de la Naturaleza, sino simples remedones de ella.

El buen químico no combina á su capricho el oxígeno y el nitrógeno para formar el agua sino en las proporciones y condiciones que la Naturaleza le exige.

El plan estratégico aquel del 70 pedía cierta temperatura moral, del mismo modo que piden cierta temperatura los cuerpos para mezclarse en Química. ¿Falta? Pues falta la combinación. Creer lo contrario, es confundir la Química con la Nigromancia, y las artes de la guerra con las de la Magia. No hay esa temperatura moral en los ejércitos modernos, y el plan estratégico que cuente con ella será funesto.

Vamos á entrar en el dominio de la táctica. Se hizo una frase: ofensiva estratégica y defensiva táctica. Esta última debe solidizarse á un conjunto de principios, mediante los cuales los métodos de combates de estas muchedumbres iban á tener verdadera eficacia: el esfuerzo individual. Aquí iba á pagar el hombre caramente todas sus conquistas: el sufragio, el Jurado, todas las emancipaciones juntas.

De golpe iba á proceder solo en el combate, frente á frente con la muerte. Cuando volviera la vista para pedir alientos, la obra del espíritu la iba á encontrar rota. Cada compañero, escondido tras de una piedra, tras de una mata, atendía á su propia seguridad. Los jefes ya habían cumplido con su misión: prepararlas cerebralmente para aquel trance. Llegado el momento, á resguardarse todos. Ya era obra de los fusiles. ¡Pobre muchedumbre! Los más audaces temen avanzar, viendo que correrán el primer riesgo bajo los fusiles de los menos animosos. El mando vigila la dirección del fuego, el empleo de las alzas, la disciplina en el consumo de municiones.

Todo va bien. Indefectiblemente, el triunfo vendrá á las manos de los que tienen el mejor parque y el mejor armamento. Que nadie avance, que nadie salga de su estricto deber. Pero ¡ay! la angustia de la muerte devora las carnes como un cáncer. El triunfo tarda. La confianza desaparece. La confianza en el armamento, porque otra no había. Se alcanza á ver que el pulso tiembla; dicta la razón que no estra la culpa en las armas, sino en nosotros. La batalla de los esfuerzos individuales toca á su término. Cada cual ve en el sentimiento del deber su mayor enemigo. ¿Por qué no avanzan aquellos otros

que están en mejor situación? Y aquellos otros acaban por ceñirse á la conducta de los que se están quietos.

¡Entonces surge el momento! ¡El eterno sacrificio da el triunfo al contrario!

Es la historia de la humanidad, que se repite en la supervivencia del espíritu sobre el cuerpo. Es la religión del sacrificio del Gólgota dominando todas las religiones. Un puñado de hombres, un pelotón de caballos, un grupo de artillería cerró la distancia, decididamente compacto y fuertemente empujado por el mando, y en aquel impulso respira endiosada la victoria. Allí tiene corte. Allí le siguen.

Despreció el esfuerzo individual, y con el apoyo de aquellos que gustosamente se sacrifican, se bebe uno á uno los alientos de cuáles otros que, no pudiendo aunar sus esfuerzos de valor, menos aunarán los del miedo. ¡Pobre táctica democrática! ¡Pobre concepto del combate! Todo se fundaba en el esfuerzo individual. Se creyó en la inmantación democrática. A título de bienandanzas del egoísmo, se hizo un régimen, se educó así á las gentes, y luego se exigió para salvarlas el esfuerzo individual y altruista de cada uno.

¿Para qué sostener más una ficción y querer á estas muchedumbres de tropas aplicar leyes que son excepcionales? Volvamos á la lógica: hicimos el útil, y á él queremos sujetar la función. Procedamos como es debido. Primero, la función, la guerra, sus causas inmediatas; no hay guerras religiosas; no hay guerras políticas; son todas guerras del régimen económico. Pues hágase el Ejército que corresponde.

Por otra parte, el perfeccionamiento de las armas pide mayor capacidad moral en las tropas encargadas de manejarlas. Y, por último, son otras las aplicaciones que los pueblos van á dar al Ejército, pues para ser apto, á ellas debe ajustar la aptitud, cambiando de constitución y de forma.

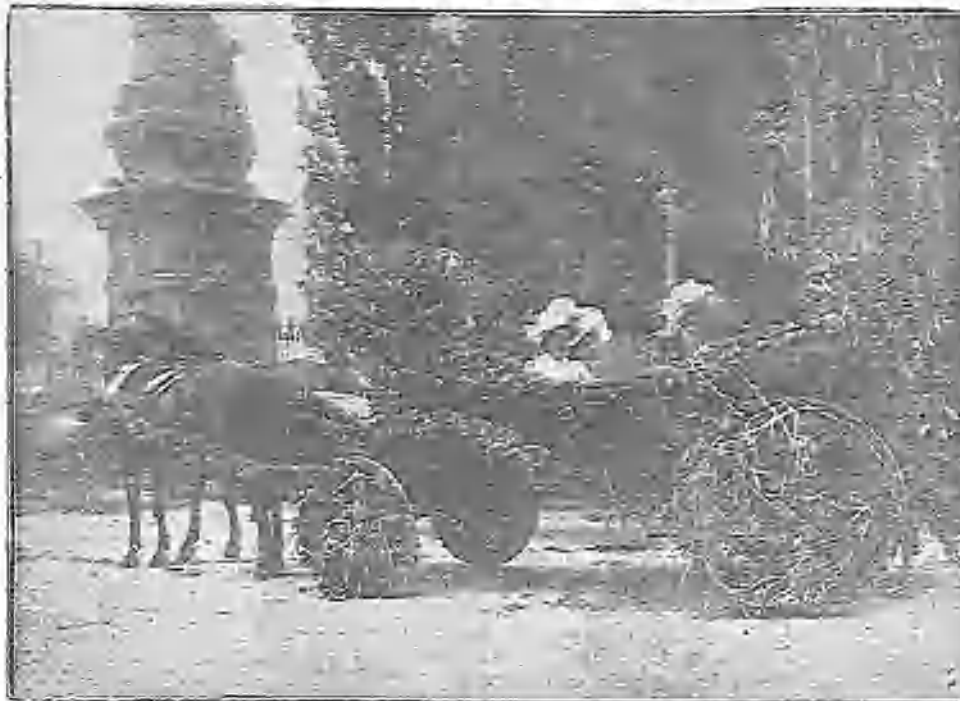
FEMENINAS

MODAS

—¡Alfeticas!—exclaman á una voz guanteros y joyeros. El pleito, insaciable al parecer, que existía entre las mangas largas y los guantes también largos y las pulseras, ha tomado rumbos fijos y parece que toca á su fin.

Vuelven las mangas cortas, graciosas de aspecto juvenil, aun en *toilettes* severas, y vuelven con grandes gallardías y arrebates, porque tienen muy sabido que favorece mucho á los brazos de las damas la manga hasta el codo, el guante largo y sobre él los ricos brazaletes.

Batalla de flores en Barcelona



LA CARROZA QUE OBTUVO EL TERCER PREMIO (Fot. de Canalejo.)

Los joyeros están de enhorabuena; pero no se crea que los razonamientos han sido los autores de la modificación, no; la moda es caprichosa y se sfera á sus creaciones, unas veces por el éxito que obtienen, y otras por la oposición que se las hace.

La evolución ha surgido espontánea, merced á la Exposición de San Luis que actualmente se está celebrando, Exposición en la cual Francia se muestra á una grandísima altura en joyería de exquisito gusto. Y el *clou* de la sección lo constituye una vitrina sorprendente, ante la cual se extasia la vista y parecen realizables los cuentos fantásticos. Vitrina en la que un *amateur*, que debe ser millonario, pues simples *amateurs* lo seríamos todos, presenta una colección de piedras preciosas única en el mundo; hay unos dieciséis brillantes que valen tres millones de francos. Esta vitrina está guardada noche y día por tres personas, una de las cuales duerme mientras las otras velan.

Hay una colección de seis brillantes, cada uno de los cuales es de un color diferente: uno verde esmeralda; otro azul zafiro; otro verde oliva; otro amarillo dorado, y rojo el quinto, y el sexto, de una belleza sorprendente, es un brillante-ruhi que pesa un quilate y despidió vivísimos destellos.

También se exhibe, magnífico, esplendoroso, uno de forma de pera, de seis quilates y medio de peso y un admirable color zafiro.

Tan maravillosa colección ha tenido por sí sola más fuerza persuasiva que un centenar de discursos; las señoras, entusiasmadas, han proclamado el nuevo reinado de las pulseras, para tener ocasión de lucir muchas piedras preciosas; y claro es que el reinado de los brazaletes trae consigo el destronamiento de la manga larga.

¡Eterna ley de la que no se libran personas ni objetos! Esto matará aquello. Tres palabras que encierran todo un curso de

folletín de EL GRÁFICO (15)

LOS PRIMEROS HOMBRES EN LA LUNA

H. G. WELLS

EL ESCRITOR MÁS POPULAR HOY EN INGLATERRA

DIBUJOS DE SIMONET.—TRADUCTOR: VICENTE VERA

trababan como los cotiliones, como las vulvas de las legumbres, como los huesos de los frutos, y abrían bocas ávidas de absorber el calor y la luz que se derramaba en cascadas del sol de la mañana.

Por momentos crecía el número de semillas que se rompían, mientras que otras, ya más avanzadas, se desbordaban de sus cubiertas y pasaban á otra fase de su crecimiento. Con seguridad, sin vacilación alguna, estas extraordinarias semillas lanzaban una raicilla hacia el suelo y una especie de película al aire. En poco tiempo la pendiente entera se vió cubierta de plantas minúsculas que se erguían bajo el calor del sol. Pero no permanecían por mucho tiempo en tal estado; las películas, en forma de haces, se hinchaban, se erguían, abríanse por sacudidas lanzando al exterior una corona de puntitas agudas, desplegando un verticilo de hojas menudas, puntiagudas y pardas que se alargaban y crecían rápidamente, visiblemente, mientras se las estaba observando.

El movimiento era más rápido que el de todas las plantas que yo había visto hasta entonces. ¿Cómo podré dar una idea de la rapidez con que se operaba este crecimiento? La extremidad de las hojas crecía de una manera tal que, ante nuestros ojos, las velamos aumentar de tamaño y extenderse. La cubierta parda primitiva se arrugaba, se estrechaba y era absorbida con la misma rapidez. ¿Habéis cogido alguna vez en la mano un termómetro en una mañana fría, y colocando la mano, tibia, sobre el depósito, observado cómo la columna de mercurio se eleva rápidamente dentro del tubo? Pues así crecían aquellas plantas lunares.

En algunos minutos, los botones más adelantados de estas plantas habían alargado en forma de tallos y desplegado un nuevo verticilo de hojas, de suerte que toda la pendiente, que hacia pocos momentos era sólo una extensión árida y muerta, se presentaba ahora sombreada bajo estos vegetales extraños, de color verde oliva, y cuyas puntas agudas eran sacudidas por el vigor de su mismo crecimiento.

Miré á otro lado y ví entonces que á lo largo de la cresta de una roca, hacia el Este, se presentaba una banda similar en estado vegetativo no tan avanzado, pero que se balanceaba haciendo sombra ante el deslumbrador brillo del sol. Algo más lejos se percibía la silueta de otras plantas macizas que se manifestaban al modo de los captos, ensanchándose como una veiga que se llena de aire.

Hacia el Oeste distinguí otra forma vegetal hinchada, ventrada, pero que se elevaba en medio de la maleza formada por las demás plantas. Mas allí la luz caía de plano y se reflejaba, dando al vegetal un color anaranjado espléndido y vivísimo.



A simple vista velamos crecer aquellas plantas de tal manera, que, si se apartaba un instante la vista de ellas, sus contornos,

al volver á mirerlas, habían cambiado. Proyectaban en todos sentidos ramas obtusas y de forma estrecha que en poco tiempo fueron desarrollándose, formando como una especie de árbol de coral de bastantes pies de altura.

Comparados con estas vegetaciones lunares los hongos terrestres, que en una sola noche llegan á adquirir dimensiones enormes, podría decirse que eran seres de un desarrollo y lentitud desesperantes. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que nuestros hongos crecen en la tierra contra una atracción de la gravedad seis veces mayor que la que se ejerce sobre la superficie de la Luna.

Más lejos, en los barrancos y planicies que no podíamos ver, pero donde penetraba el sol, sobre los peñascos y cubriendo el talud de las rocas á donde alcanzaba la luz, se desarrollaban vegetaciones agudas y carnosas que crecían rápidamente á nuestra vista, apresurándose tumultuosamente á aprovechar el breve período durante el cual tenían que desarrollarse, crecer, fructificar, diseminar sus semillas y morir. Todo este crecimiento se operaba milagrosamente. Acaso así podría representarse, según la leyenda bíblica, los árboles y las plantas creciendo y creciendo en uno de los días del Génesis para cubrir la desolada superficie de la tierra, recién creada.

¡Qué recuerdos! ¡Qué impresión la de aquella mañana! La regeneración de la atmósfera al evaporarse el aire congelado, la agitación y la animación del suelo, y luego aquella silenciosa aparición de vegetales, aquel crecimiento sobrenatural de plantas carnosas y agudas estarán presentes en mi imaginación toda mi vida. Y todo esto iluminado por un resplandor, comparado con el cual la más intensa claridad terrestre parecería un crepúsculo sombrío. Además, ¡qué contraste! en medio de esta selva viviente, en todos los sitios que quedaban en sombra percibíanse aún restos de la nieve azulada.

Para completar la impresión que en nosotros hacia todo este cuadro tan extraordinario, hay que tener presente el estado de ánimo en que nosotros percibíamos todo esto, á través de una capa de vidrio gruesa y curva, que desfiguraba el paisaje, como una lente desfigura los objetos, viendo las imágenes claras, limpias y normales en el centro del campo, pero amplificadas y fantásticas junto á los bordes.

CAPÍTULO IX

EMPIEZA LA EXPLORACIÓN

Después de un gran rato de contemplación, dejamos la ventana, y Cavor y yo nos volvimos uno hacia el otro con la misma pregunta en nuestros ojos: «Para que esas plantas puedan crecer, es menester que haya aire, aire que nosotros podremos respirar.»

filosofía; ellas enseñan que para que unos suban tienen otros fatalmente que descender...

Quedamos en que las mangas cortas son bonitas, y quedamos en que el buen gusto ganará no poco con la vuelta de un adorno tan bello como las pulseras, pues seguramente disminuirá algo el furor de las sortijas, las cuales son preciosas, á no dudar, usadas con cierta moderación; pero dejan de serlo cuando van en grupos numerosos, llenando los dedos todos de las manos blancas... ó morenas. Dicho abuso no era del gusto más fino; esperemos que ahora se limitará prudencialmente.

Las últimas creaciones de la moda para la presente estación estival ostentan, como complemento, el guardapolvo de seda blanca, flexible, forzado de surah. Las damas que no son muy jóvenes dicen que hubo en sus tiempos tentativas de confeccionar los guardapolvos de análogo género, y por eso se creen autorizadas á mirar un tanto despreciativamente dicha prenda; pero los días se suceden y no se parecen, dice un adagio, y á las modas les ocurre lo propio. Se ha descubierto que la seda blanca posee propiedades altamente higiénicas; es fresca por el tejido y el color, despiden el polvo, y sobre todo y ante todo es de una elegancia suprema.

Los tacones Luis XV gozan de gran favor y se llevan cada día más altos, y, sin embargo, se hacen con tal perfeccionamiento que no molestan para andar ni quitan gallardía á la marcha. Estos tacones tienen la inmensa ventaja de aumentar la estatura cerca de dos centímetros, condición muy recomendable en esta época en que la mujer quiere engrandecerse y en que sus detractores tratan de empequeñecerla.

Y puesto que los zapateros, que deben saberlo bien, aseguran que han perfeccionado el calzado de tal manera que los tacones Luis XV, moljados siempre de incómodos y antiestéticos, resultan suaves y llevaderos como las más inocentes zapatillas, habrá que transigir con ellos; pues, en realidad, con los sombreros grandes, los cuerpos voluminosos, las faldas fruncidas y la profusión de adornos que ahora impera, hace falta crecerse si no se quiere resultar abrumada bajo el peso de la indumentaria.

MARÍA DE ATOCHA

UN RECUERDO DE LA EMPERATRIZ



El reciente viaje de la Emperatriz Eugenia á Madrid, ha resucitado muchos recuerdos de años. En 1856, cuando la exuberancia de los franceses se llamaba simplemente Eugenia del Montijo, ofreció este suntuoso jarrón al Ayuntamiento de San Sebastián, con motivo de haber permanecido algún tiempo en dicha ciudad.

Los adelantos de la grafología

Esta ciencia naciente, no contenta ya con descubrir por medio de los rasgos de nuestra firma y rúbrica toda nuestra alma y nuestra manera de ser, pretende ya hoy, por la sola vista de un sobre ó de una tarjeta postal, conocer los mis-

mos secretos que ya hoy se saben con la firma. Una de las más eminentes grafólogas, madame de Linreux, pronunció hace días una conferencia en París muy científica y muy ingeniosa, en la cual reveló la potencia de expresión de estos débiles rasgos, que forman el escrito de dirección y que casi nunca leemos, ávidos de en-

terarnos del contenido de la misiva. Así, por ejemplo, la palabra París, invariablemente puesta en los sobres, según la conferenciante, puede indicar de sobre el carácter de una persona.

París, puesto al principio del sobre, denota el espíritu metódico, arreglado, ordenado, clasificador, etc. La misma palabra, extendida con letra pequeña y tendida, es la confesión del carácter avariento, amigo de prejuicios y de convencionalismos.

El hecho de escribir la dirección al lado derecho, dice la conferenciante, da á conocer que el que escribe está poseído de la tristeza, de la manía del suicidio.

Las inscripciones en todo lo alto del sobre indican al hombre serio y reflexivo, capaz de tomar una grave resolución en un momento dado. Si, al contrario, lo escrito va todo al pie del sobre, hay que estar seguro de que el que lo escribió es persona calmada y de sangre fría. Las palabras subrayadas indican la prudencia, así como la desconfianza se manifiesta por el sello puesto en el cierre del sobre.

En estas consideraciones disertó durante dos horas, muy creída en la ciencia que predicaba.

PASATIEMPOS

CHARADA

Como buen todo que soy, yo siempre una dos tres cuatro, el una segunda quinta con que algunos me trataron.

PROGRESION

- 1 Número romano.
- 1 2 Pronombre personal.
- 1 2 3 Indicativo
- 1 2 3 4 Animal masculino
- 1 2 3 4 5 Idem femenino.
- 1 2 3 4 5 6 Idem id. plural.

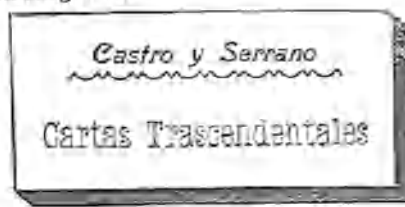
SOLUCIONES A LOS PASATIEMPOS ANTERIORES

A la charada: LA-RE-DO.

A la sustitución:

- LIBERAL
- HERALDO
- GEDEÓN
- UNIVERSO
- PAÍS
- GRÁFICO
- IMPARCIAL
- CENSOR
- ÉPOCA

Al anagrama:



—¿Abrimos?—pregunté.

Pero Cavor no contestó directamente á mi pregunta, sino á su propio pensamiento, diciendo:

—Si, no hay duda, eso es así; esto es evidente.

—Ya lo creo—contesté—; en muy poco tiempo esas plantas que hemos visto nacer serán más altas que nosotros; pero, después de todo, ¿está usted seguro de que sea así? ¿No podría ser ácido carbónico, nitrógeno, algún otro gas, en fin?

—Eso es fácil de averiguar—replicó Cavor.

Y tomando un pedazo de papel, lo arrolló formando antorcha, lo encendió con un fosforo por uno de sus extremos y lo arrojó al exterior, haciendo funcionar la válvula neumática de la abertura. Al mismo tiempo yo me aproximé á la ventana para seguir con la vista, á través de la capa de vidrio, aquella llama cuyo testimonio tenía para nosotros tantísima importancia. Vi el papel retorcido revolotear algún tiempo en el espacio y después ir á posarse ligeramente sobre la nieve. La llama, que era roja dentro de la esfera, había desaparecido, y, por un momento, toda combustión pareció extinguirse. Pero no tardé en columbrar en el borde del papel una llamita azulada, que oscilaba, crecía y se extendía. Lentamente todo el papel, salvo la porción que estaba en inmediato contacto con la nieve, se carbonizó y se deshizo, dejando escapar á lo último un hilo de humo. No había, pues, ninguna duda; en la luna había atmósfera, fuera de oxígeno puro, fuera de aire como el terrestre y capaz, por tanto, á menos que su tenuidad fuese excesiva, de subvenir á nuestra vida. Podíamos salir de la esfera y vivir.

Me senté al lado de la válvula y me dispuse á abrirla; pero Cavor me detuvo.

—Tenemos que tomar, antes de todo, una importante precaución—me dijo.

Explicóme entonces que, aun cuando ya tenía la certeza de que existía una atmósfera oxigenada, podía ser ésta tan enrarecida que nos causase gravísimas perturbaciones orgánicas. Me habló entonces del mareo de las montañas, de las hemorragias que afligen á los aeronautas que ascienden rápidamente, y empleó algún tiempo en preparar una bebida que á la fuerza me hizo tomar y que tomé él mismo. Esta bebida me produjo un ligerísimo aturdimiento, pero nada más. No noté ningún otro efecto desagradable. Solo entonces me permitió Cavor desatornillar la plancha que cerraba la entrada. Bien pronto el obturador de vidrio de la válvula estuvo lo suficientemente flojo para que el aire que llenaba nuestra esfera, que era mucho más denso que el del interior, comenzase á escaparse hacia fuera, produciendo un resoplido semejante al del vapor saliendo de los tubos de una locomotora.

Al notar Cavor, me detuvo. Era evidente que la presión exterior era muchísimo menor que la interior, y no teníamos medio de determinar en qué proporciones. Permanecí entonces sentado con el contenedor de vidrio de la válvula entre mis manos,

dispuesto á volver á sujetarlo si, á despecho de nuestro deseo vivísimo, la atmósfera lunar era, después de todo, demasiado sutil para nosotros é incompatible con nuestra vida; mientras tanto, Cavor tenía un cilindro de oxígeno comprimido al alcance de la mano para restablecer la presión en el interior de nuestro recinto, si era necesario.

Estuvimos por bastante tiempo contemplándonos en silencio, y después nuestras miradas se dirigieron, á través de la ventana, sobre la fantástica vegetación que se desarrollaba, visiblemente y en silencio, á nuestro alrededor. Entretanto, continuaba sin cesar el silbido agudo producido por el aire que se escapaba desde nuestra esfera al exterior.

De este modo la presión, aunque muy poco á poco, continuaba disminuyendo y sentí que mis arterias latían con más fuerza hacia la región de las sienes y hasta en mis oídos. El ruido de los movimientos que hacía Cavor era cada vez menos perceptible, y sentí que todo se presentaba más silencioso y más tranquilo á medida que el aire se iba haciendo menos denso. Conforme nuestra atmósfera se escapaba silbando, su humedad se condensaba, formando tenues nubecillas de vapor. De pronto mi respiración se hizo extraordinariamente corta; una sensación desagradable en los oídos, en las puntas de los dedos y en las fauces me inquietó durante un instante, pero desapareció en seguida. Después experimenté vértigos y náuseas, que cambiaron por completo mi estado de ánimo, rebajando considerablemente el ardimiento y entusiasmo que momentos antes sentía. Me apresuré á sujetar el contenedor, dando al mismo tiempo á Cavor algunas explicaciones sin sentido de lo que me pasaba. Entonces mi compañero fué el que se mostró más sereno y más confiado.

Me respondió con una voz que parecía extraordinariamente débil y remota, á causa de la tenuidad del aire que conducía el sonido. Aproximándose á mí me recomendó entonces unas gotas de cognac, y me dió el ejemplo. Entonces me sentí mucho mejor. Me puse de nuevo á desatornillar el contenedor, y noté que el silbido del aire ya no se producía, pero que los latidos de mis arterias aumentaban. Yo no sé si era que ya no salía más aire de nuestra esfera del exterior por haberse igualado las presiones ó que nosotros no percibíamos el ruido.

—¿Qué hacemos?—dijo Cavor con una voz apenas perceptible.

—¿Qué qué hacemos?—le respondí.

—Quiero decir si se decide usted á que abramos por completo la compuerta.

Reflexioné un momento.

—¿Podremos soportarlo?—pregunté.

—Yo creo—dijo Cavor—que ya están igualadas las presiones.

Entonces, á modo de respuesta, concluí de desatornillar la plancha circular que cerraba la abertura, y, separándola, la coloqué con precaución sobre el fardo que constituía nuestro equipaje.

Algunos copos de nieve cayeron entonces revoloteando en el interior del recinto y se fundieron al contacto de la atmósfera tibia que nos rodeaba. Me arrodillé al borde de la abertura y miré hacia fuera. Abajo, como á un metro de distancia, veía extenderse sobre el piso la nieve de la luna, que jamás había sido hollada por pies humanos.

Hubo una breve pausa y nuestros ojos volvieron á encontrarse.

—¿No siente usted dolor en los pulmones?—me preguntó Cavor.

—No—le contesté—; la sensación es soportable.

Mi compañero entonces extendió el brazo y cogió en manta. Pasó la cabeza por el agujero hecho en medio de ella y se arrebujó lo mejor que pudo; después se sentó al borde de la abertura con las piernas hacia fuera, y extendiéndolas poco á poco hasta que sus pies estaban á seis pulgadas de la nieve. Vaciló un momento, y después se lanzó saltando en pie sobre el suelo virgen de la luna.

Dió entonces algunos pasos hacia adelante, y le vi grotescamente reflejado por el borde del vidrio. Permaneció un instante parado, mirando á derecha é izquierda, y después hizo un esfuerzo y saltó.

El vidrio curvo lo desnaturaliza todo; pero me pareció, á pesar de esto, que el salto dado por Cavor había sido extraordinario. De un solo brinco había salvado una distancia de más de diez metros. Le vi en la cima de una masa de rocas y gesticulando hacia mí. Acaso me gritaba, pero yo no percibía el eco de su voz. Me encontré desconcertado, como el que asiste á un espectáculo de prestidigitación ó ilusionismo.

En un estado de ánimo de los más extraños, y completamente desconcertado, me deslicé también fuera de la abertura, y me encontré, sin saber cómo, ante un pequeño arroyuelo producido por la nieve al derretirse. Di un paso atrás, y salté. Me ví entonces lanzado á través del espacio, y me pareció que la roca sobre la cual Cavor se hallaba venía á mi encuentro. Caf á gatas, prosa de una estupefacción indefinible. No pude contener la risa, pero al mismo tiempo me sentí en un estado de lamentable confusión.

Cavor se inclinó hacia mí, y me gritó haciendo extraordinarios esfuerzos; sin embargo, á duras penas pude percibir su voz. Me dijo que habíamos olvidado que sobre la Luna, cuya masa es ocho veces menor que la terrestre, y cuyo diámetro es también cuatro veces menor, nuestro peso viene á ser la sexta parte del que tenemos sobre la Tierra; por lo tanto, un mismo esfuerzo muscular tiene que producir resultados seis veces más intensos. Puedo asegurar que esta circunstancia la conozco ya tan perfectamente, que no se me olvidará jamás.

—Estamos ahora libres de los lazos que nos sujetan en nuestra madre Tierra—me dijo Cavor.

(Continuará).

CONFERENCIA

DE D. FRANCISCO DE ASÍS GUTIÉRREZ

Nuestro voto ha sido y continúa siendo contrario al proyecto del señor ministro de Hacienda. Madrid, como casi todas las poblaciones españolas, carece de árboles suficientes a su higiene, a su expansión natural y al recreo mismo de su espíritu. Echar abajo un árbol, perder el más breve oasis en esta áspera y escueta tierra de Castilla, es desdichadísima obra a que no podemos vernos por voluntad. Ensanche la fábrica de Madrid, llevar sus edificios campo adelante, rodearlos de alamedas, entregar la vida cortesana al aire y a la luz, eso nos parece excelente, y eso puede alcanzarse sin acabar con lo poco que de ese género humanitario y europeo cuenta Madrid. Ningún terreno como el nuestro sirve, por su abandono agrícola, para la edificación urbana.

Y nos empeñamos, sin embargo, en replegarnos al interior, dando hospedaje en la Moncloa a todo el que busca expediente para acotarla, o llevando tenderetes de feria al Parque, o cerrando el Buen Retiro...

No, no podemos aplaudir cosa semejante; pero rindiendo tributo a la imparcialidad, acogemos con gusto en estas columnas la opinión contraria, sustentada por el distinguido funcionario de Correos D. Francisco de Asís Gutiérrez.

He aquí ahora la relación de una notable conferencia explicada por dicho señor, en defensa del nuevo edificio para Central de Correos.

*

Ante numerosa y muy selecta concurrencia comenzó el conferenciante exponiendo lo noble y difícil de haberse declarado autor de las bases del proyecto y haberlas defendido cuando más combatidas eran, demostrando también que la causa de esta enemiga al proyecto consistía en el desconocimiento casi general que del Correo moderno se tiene en nuestro país.

En párrafos técnicos y afortunados, demostró la trascendencia que en todos los órdenes tiene el Correo, y que la base, no ya de toda transformación, sino de cualquier mejora, está indefectiblemente en un nuevo edificio.

Después consignó que las bases de este proyecto tienen íntima dependencia con el ahorro nacional y la reforma postal, no siendo una caprichosa improvisación de momento, sino producto de largo y meditado estudio y sometidos al juicio y aprobación general con los demás proyectos que constituyen la reforma postal.

Afirmó que las consideraciones principales que para la construcción de este edificio deben tenerse en cuenta, son: porvenir y sitio, amplitud y construcción; demostrando también de modo evidéntísimo que en este edificio no debe ser el que se adapte a un terreno determinado, sino éste a las necesidades de aquél.

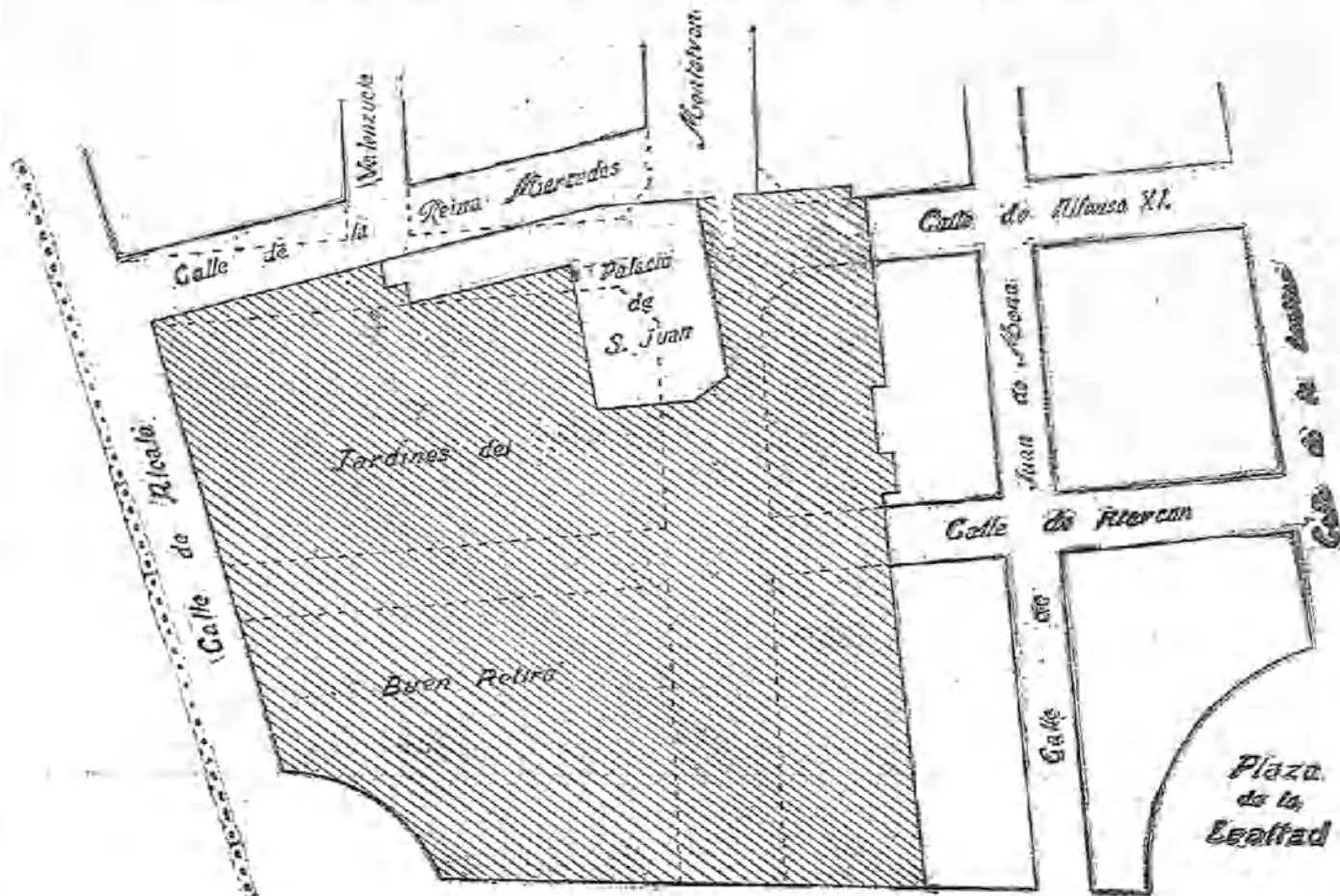
En un párrafo muy inspirado, dijo que no debemos limitarnos como país a la mera imitación o adaptación, pues si a esto sólo aspirasen todas las razas y todos los pueblos, la civilización y el progreso serían totalmente negativos, deduciendo de esto que en edificio de tal importancia y porvenir, y siempre dentro de la mayor sencillez, debemos procurar lo más progresivo y práctico.

Teniendo esto en cuenta, y demostrando, con grandes conocimientos técnicos, que fueron muy celebrados, que el nervio ó base fundamental del Correo son las ambulantes, la necesidad de que a facilitar su servicio tienda preferentemente la construcción del nuevo edificio, cuya base fundamental debe ser que los vagones correos entren y salgan cargados en el edificio, lo que en el terreno elegido podrá practicarse facilísimamente, pues los vagones correos podrán salir por la calle de Valenzuela al Paseo de Alfonso XII hasta la calle de Claudio Moyano, que conduce a la Puerta de Atónia; en ésta, en la plazuela de frente al Hospital, bifurcarán de la línea dos ramales: uno a la estación del Mediodía, por la calle de Méndez Alvaro, a entrar por la puerta siguiente a la de entrada de carruajes, que conduce directamente a la cabeza del andén; otro ramal irá por el Paseo de las Delicias a la estación del mismo nombre, y la línea continuaría por las Rondas de Toledo y la de Segovia, a tomar, por un pequeño trozo de la calle de este nombre, el Paseo de la Virgen del Puerto, y atravesando el de la Florida, entraría en la estación del Norte por la puerta que da acceso a los muelles y que conduce también directamente a la cabeza del andén.

A continuación describió todo el edificio de manera tan técnica y exacta, que realmente se veía surgir un edificio práctico, moderno y progresivo, un verdadero Palacio Postal, serio y sencillísimo.

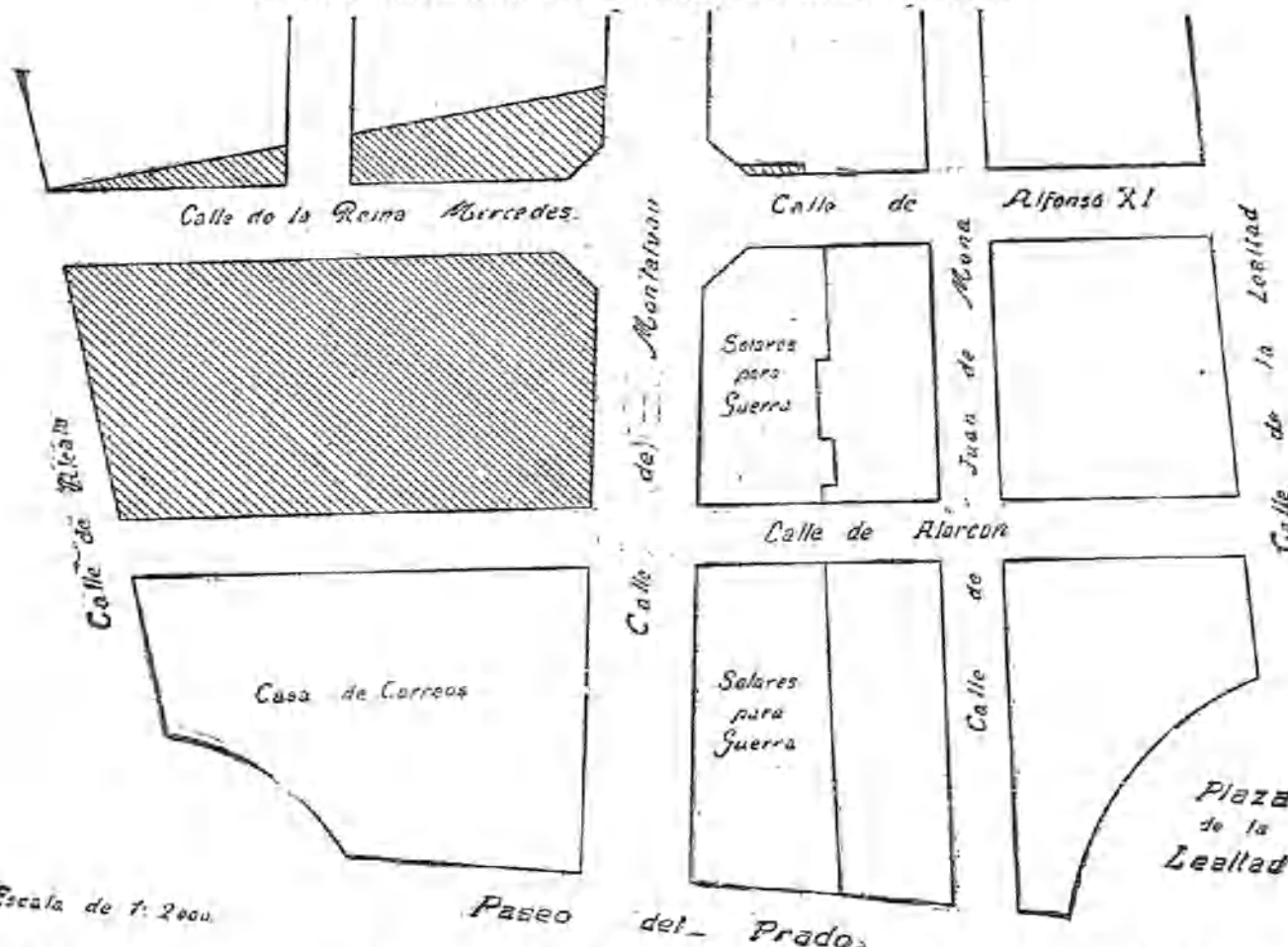
La construcción en total formaría un majestuoso edificio aislado, con cuatro grandes fachadas y un elegante y espacioso chaflán, correspondientes, éste a la Plaza de Madrid, y aquellas al Salón del Prado y a las calles de Al-

La cuestión del Retiro



Paseo del Prado

ALINEACIÓN PROPUESTA PARA LAS INMEDIACIONES DEL EDIFICIO EN PROYECTO



Escala de 1:2000

Paseo del Prado

CÓMO QUEDARÍA EL TERRENO OCUPADO POR LOS JARDINES SI LLEGARA A LEVANTARSE EN ELLOS EL NUEVO EDIFICIO DE CORREOS

calá, Reina Mercedes y Montalbán. La fachada principal sería la correspondiente al Salón del Prado, en cuyo centro estaría la entrada principal.

La entrada y escalera del chaflán ó fachada de la Plaza de Madrid estaría reservada al exclusivo y directo acceso a la Dirección. La fachada de la calle de la Reina Mercedes sería la correspondiente al patio de carruajes, y estaría, por tanto, destinada a la entrada y salida de éstos y de los vagones correos.

Estudió cada uno de los terrenos propuestos, y fijándose preferentemente en los de la Trinidad, Gobernación y Medinaceli, demostró, con sólida argumentación, que son, no ya de probable conveniencia, sino ni indiscutibles, siquiera que deduciendo la elección del terreno del Jardín del Buen Retiro, es, no sólo sensata, sino real y absolutamente insustituible.

Tuvo muy felices ocurrencias con respecto a la belleza ó higiene del Buen Retiro, refiriendo, con respecto a la última, la frase de un sabio doctor y diputado, que decía una de estas tardes en los pasillos del Congreso: «Votaré en contra del proyecto; porque si desaparece el Jardín del

Buen Retiro, ¿de dónde vamos a sacar los médicos el origen de las principales enfermedades del verano en Madrid?»

Tratando de las compensaciones, demostró que el Parque de Madrid podría convertirse en beneficio de todo el público, en algo análogo y aun mejor que el Bosque de Bolonia, en París, y los célebres Jardines de Brunius, que se usan preferentemente de noche, sin privar de compensación muy superior al actual Jardín, pues en el mismo Parque, el cuartel de la entrada derecha podría reemplazar al actual que se debate, con condiciones climatológicas, por su mucha más altura, infinitamente mejores; con mejor y más abundante arbolado; con dos entradas monumentales por las puertas de Madrid (Independencia) y Alfonso XII (Lealtad), y con la ventaja inmensa de que sería un jardín amplio, rodeado de jardines amplísimos en una altura sana, seca y despejada, en vez de pequeño y escueto bajo, húmedo, insano y rodeado de viviendas.

Después de estudiar a lo que ha quedado reducido el actual Jardín, dijo que entre el inmenso barracón que constituye el teatro y sus dependencias; entre el paseo circular, la pista de

patines y el kiosco de la música; entre el café, tiro al blanco, etc., etc., han dejado reducir el Jardín a una tercera parte escasa, como le fué entregado al Ayuntamiento, no llegando a trescientos el número de árboles que merezcan tal calificativo los que hoy quedan en el Jardín, que por el proyecto no desaparecerían ni se privarían de ellos a Madrid, pues convenientemente transplantados se formarían con ellos diez ó más plazas verdaderamente públicas, que podría disfrutar durante todo el año todo el pueblo.

Después de demostrar que por los buzones de los estancos, el servicio de las sucursales, etc., nadie vendría obligado a concurrir a este edificio en horas ni desde sitios extraviados, terminó haciendo un brillante resumen y caluroso llamamiento para la mejor y más rápida realización de este proyecto.

Toda la correspondencia de carácter administrativo debe dirigirse al Administrador de

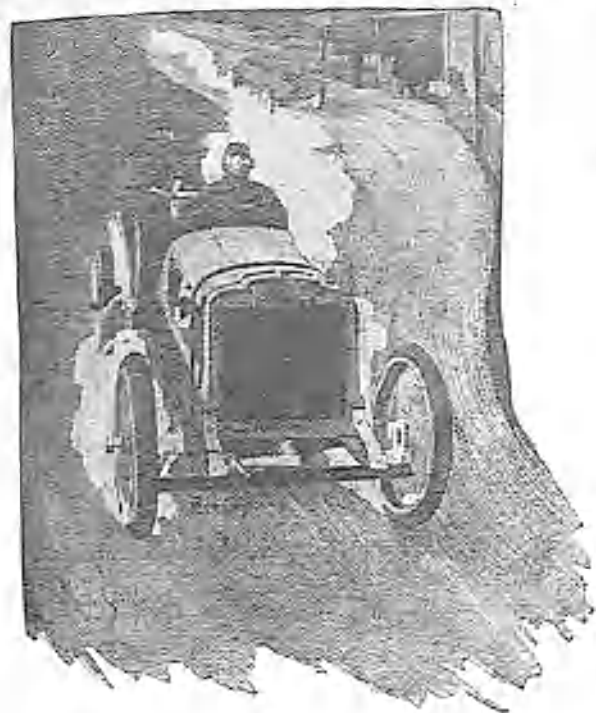
La Copa GORDON BENNETT

HA SIDO GANADA POR

THÉRY

SOBRE AUTOMÓVIL

RICHARD BRASSIER



Estos mismos coches han ganado todas las carreras más importantes en 1904.

ÚNICOS REPRESENTANTES PARA ESPAÑA

SANTOS HERMANOS

AUTOMÓVILES,
BICICLETAS
Y ACCESORIOS

ARENAL, 22, MADRID

AGENCIA DE ANUNCIOS

DE

EMILIO CORTÉS

JACOMETREZO, NÚMERO 50, PRIMERO

Esquelas de defunción.—Combinación de anuncios en varios periódicos.—Tarifas especiales.

Juan Caballero

MADRID BILBAO

IMPORTADOR de MAQUINARIA
DE LA INDUSTRIA

Representante de las principales casas del extranjero, único de la muy renombrada de J. G. Scheiter, DE LEIPZIG, y renombrada fundición tipográfica J. G. Scheiter y Giesecke, constructores de la WINDSBRENT y PHONIX (Leipzig)

DIBUJOS PARA HACER COLCHAS, CUELLOS

Stores, brise-bise, mantelerías, estolas, aibas, etc.

ENCAJE INGLÉS, RICHELIEU, BOLILLOS

Malla y toda clase de labores de señora se envía a provincias. J. Bautista. Eguilaz, 3, principal izquierda (esquina a Sagasta) Madrid. Se envían tarifas gratis a quien las pida.

THE BERLITZ SCHOOL OF LANGUAGES

ENSEÑANZA PRÁCTICA

LENGUAS VIVAS

PARÍS, 1900, DOS MEDALLAS DE ORO

160 SUCURSALES EN EUROPA

CALLE DE PRECIADOS, 5, PRAL.—MADRID

BARCELONA: Rambla de las Flores, 17.—SEVILLA: Méndez Núñez, 19.—VALENCIA: Pintor Sorolla, 11.—BILBAO: Campa de Albia, 1.—CARTAGENA: Calle Jara, 26.—MALAGA: Alarcón, Lu Jan, 3.—CORDOBA: Ambrosio Morales, 2.

CUENTOS EN PAPEL DE OFICIO

POR

NICOLÁS DE LEYVA

TRES PESETAS

De venta en la Administración de El Imparcial. Descuentos a los corresponsales y libreros.

TORCUATINA

DEL

DOCTOR D. T. GONZALEZ

BIARRITZ (FRANCIA)

Medalla de oro Exposición de París 1900

No hay dolor de cabeza, neuralgias, hemi-cráneas, muelas, reumatismos, riñones, costado, torcícolis, por fuerte que sea, que resista tres minutos a su poderosa acción.

Receñada por los principales médicos de Europa.

De venta en todas las farmacias

y Carrera de San Jerónimo, 33

PARA los Pericos tenemos notable colección en boquillas, bastones, petacas, carteras, botonaduras y otras cosas por el estilo; los precios reducidos marcados en cada objeto. CASA THOMAS, SEVILLA, 2.

Antigua agencia STORR

ANUNCIOS

PARA TODOS LOS PERIÓDICOS POSITIVA ECONOMIA Reina, 45, 2.º derecha. Teléfono 805. MADRID

Esquelas de defunción y aniversario.—Combinaciones especiales para anuncios, con grandes ventajas para los señores anunciantes.

Tarifas de precios, se envían gratis a quien las pida a las oficinas.

“LOS TIROLESES,”

EMPRESA ANUNCIADORA

Rápidas propagandas

Anuncios en todos los periódicos del mundo

GRANDES DESCUENTOS

COMBINACIONES VENTAJOSAS PARA LOS SRES. ANUNCIANTES

PUBLICIDAD EN TODOS LOS SISTEMAS CONOCIDOS

VIDENGE CHIFFES

OFICINAS

CONDE DE ROMANONES, 7 Y 9, ENTRESUELOS

ANTIBEXIS

Curación rápida de la TOS, BRONQUITIS, CATARROS y toda clase de afecciones bronquiales y pulmonares. Pacientes! Probadlo y os convenceréis a las primeras dosis de su verdadero resultado.

De venta en las principales farmacias y Carrera de San Jerónimo, 36.

INGENIEROS DE CAMINOS, MINAS É INDUSTRIALES

Antigua Academia Aguilar, González y Sánchez Cuervo

Las clases de repaso para Septiembre comenzarán el 1.º de Julio.—Todos los profesores son ingenieros.—JACOMETREZO, 17, 2.º, Madrid.—Pidanse reglamentos.

NOTABLE es nuestra colección de abanicos japoneses perfumados, que vendemos desde 40 céntimos; las tarjetas postales con abanico, a 25 céntimos; y los Paipai de palma (ribeteados), que hacen mucho aire, a 50. CASA THOMAS, SEVILLA, 2.

Federico Paternina. Vinos finos de mesa. Grandes Bodegas en Ollauri (Rioja). Desde 50 céntimos botella, a 1,50 pesetas. Pidense en todas partes. Depósito: Orfila, 4; telef. 2.189.

OFICINAS Y TALLERES

EL GRÁFICO

Marqués de la Ensenada, 8.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

| MADRID | | UNIÓN POSTAL | |
|---------------|-----------|---------------|---------|
| Un mes... | 2,50 pts. | Tres meses... | 25 pts. |
| Tres meses... | 7 " | Seis meses... | 45 " |
| Doce meses... | 26 " | Doce meses... | 80 " |

PROVINCIAS Y PORTUGAL
Un mes, 2,50 pts.—Tres meses, 7,50 pts.—Seis meses, 15 pts.—Doce meses, 30 pts.

Diez céntimos número.

